





Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Excepto aquellos de dominio público, los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Last Restaurant in Paris*

© Lily Graham, 2022. Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Storyfire Ltd, bajo la marca Bookouture.

© 2025, de la traducción por Noelia Pousada Lobeira

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-10359-96-3

Código IBIC: FA

DL: B 22.689-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Javier Sánchez Meco

Impreso en mayo de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Lily Graham

# El secreto del bistró de París

Traducción de Noelia Pousada Lobeira



Newton Compton Editores

Barcelona, 2025

*Para Fudge, mi querido amigo,  
cuya ausencia es desgarradora*

# PRIMERA PARTE





# Capítulo 1

Gilbert

**París**

1987

La vieja librería anticuaría parecía diminuta entre los locales de mayor tamaño, pintados de colores pastel, de la arbolada calle parisina de Rue Cardinet. Pese a que se llamaba Librairie d'antiquités de Géroux, era una parte tan integral del barrio de Batignolles como el mercado de agricultores de los sábados, la plaza o los turistas que hacían la ruta del pintor impresionista Alfred Sisley.

El otro edificio que también parecía parte del decorado era el restaurante abandonado de la esquina, como una de esas desafortunadas reliquias familiares que no encajan con nada. La mayoría de la gente creía que estaba maldito o encantado, debido a lo que había sucedido ahí dentro durante la ocupación, cuando la anterior dueña envenenó a toda su clientela una noche, una historia que se había convertido en leyenda con los años.

Por ejemplo, algunos juraban que, cuando el viento cambiaba de dirección o se avecinaba una nueva estación, seguía oliendo a comida cocinada. Cuando las hojas de los plátanos se volvían doradas, corría el rumor de que olía a nata, oporto y pollo asado; un olor delicioso en un primer momento que, a medida que avanzaba el día, se volvía acre y rancio. Y cuando florecían las glicinias, se

susurraba que olía a albaricoques, mantequilla y *clafoutis*; al principio, también era para chuparse los dedos, pero, por la tarde, el olor se volvía dulzón, hasta que tenías que respirar por la boca para sobreponerte al hedor putrefacto a fruta podrida.

Así y todo, esto también atraía a los turistas.

La idea de que persistían olores fantasmales molestaba a monsieur G eroux, el propietario de la librería anticuaria, cuando estaba de buen humor, y el resto de los días estaba que echaba chispas. Ahora que tenía más de sesenta años y que cada vez tenía el pelo más canoso, le desquiciaba que ciertos acontecimientos, brutales por la frialdad y la dureza de sus hechos, se convirtieran, con el paso del tiempo, en mitos, como si de un romance gótico se tratara.

Habían pasado más de cuarenta años y monsieur G eroux seguía teniendo pesadillas al respecto. En la actualidad, aquel restaurante infernal seguía arregl ndoselas para ensombrecer su vida.

Son  la campanilla cuando entró en su tienda y cerró la puerta tras él con un suspiro. Normalmente, cuando le envolvía el conocido aroma a libro viejo, madera y nostalgia, le embargaba cierta sensación de alivio, como si estuviera en su hogar. Ese día, en cambio, tenía miedo.

Por aquella carta.

Había llegado el día anterior, en un sobre blanco y elegante de apariencia inocente y con unas letras mecanografiadas informales, pero, luego, se percat  de que era una solicitud, por parte de un bufete de abogados, para que hablara justo de aquella noche en concreto. La peor de su vida, cuando su hermano, Henri, murió envenenado. Hubo un terrible instante, después de leer la petición de la carta, en el que pens  que se iba a echar a llorar, y huyó

de su tienda, con el corazón latiéndole en los oídos; no podía permanecer allí más tiempo.

Pasó la tarde paseando junto al río Sena, tratando en vano de sacarse el contenido de la carta de la cabeza, incapaz de procesar aquellas vistas que, normalmente, le transmitían sosiego: los barcos con sus jardines de macetas en el techo y su tripulación avezada, que miraba al exterior desde la cubierta; amantes que paseaban cogidos del brazo, acaso para colocar un candado en uno de los puentes, o vendedores que exponían sus mercancías a lo largo de las orillas, con puestos llenos de baratijas, discos o libros. Nunca era capaz de resistirse a estos últimos, quizá con una crep caliente envuelta en papel parafinado en la mano, con restos de azúcar y limón calientes goteándole del mentón; rebuscaba entre los ejemplares sin perder la esperanza de encontrar una joya única que vender luego en su propia tienda.

Pero no pudo calmarse ni alegrarse y tampoco tenía ganas de comerse una crep.

Soltó un suspiro mientras se acercaba a su tienda. Trató de suavizar los rasgos de la cara con las palmas de las manos, como quien alisa un papel arrugado. Apenas había pegado ojo, pues el pasado lo había atormentado toda la noche. Los recuerdos lo acosaban con dedos efímeros de los que él se alejaba, retorciéndose, y trataba de ignorarlos, como la carta.

Pero no podía.

Le temblaba la mano cuando encendió el interruptor de latón de la luz y se iluminó el interior del local, cuyas paredes estaban pintadas de verde oliva. En el suelo había tarimas de madera en espiga, las estanterías de madera, también pintadas de verde oliva, llegaban al techo y había

un asiento junto a la ventana con cojines color mostaza. Contra una pared, había varias vitrinas repletas de libros raros; algunos llegaban a marcar tendencia en los círculos de su sector, dependiendo del mercado. Había primeras ediciones; algunas nunca las vendería, y llevaba una década o más tratando de vender otras. Incluso tenía una botella de champán de calidad del 68, que guardaba para el día en que por fin vendiera una primera edición estadounidense especialmente fea de *Lolita*, aunque algunos días se preguntaba quién se marcharía de ahí antes: él o el libro. En ocasiones, le hacía gracia; otras, no tanto. Las estanterías abiertas estaban llenas de libros de segunda mano que no tenían tanto valor, pero que resultaban ser un poco más populares. Aunque, a juzgar por el polvo, muy muy populares tampoco debían de ser.

En el medio se encontraba su mesa, un armatoste anticuado que había heredado de su abuelo, director de una escuela primaria masculina. Su aspecto austero encajaba en el ambiente: si tuviera cara, tendría un mentón muy firme y patillas como las de Charles Dickens. La madera de caoba contaba con un revestimiento verde desgastado, sobre el cual había varios libros, amontonados con esmero a la espera de que los restaurara. Monsieur Géroux hizo una mueca al ver el caos que había dejado tras de sí la noche anterior; sus herramientas seguían desperdigadas ahí donde había estado restaurando un libro. Había dejado que se secara el bote de pegamento, cuyas gotas manchaban la superficie de su mesa.

Quitó los restos de pegamento de la mesa con la uña, así como el tapón que se había formado en la boca del bote, y suspiró cuando reparó en que el pincel que había usado para volver a encuadernar la cubierta de cuero se había

pegado a la mesa y tenía las cerdas duras como una piedra. Aunque lo mojara bien en agua caliente, probablemente no podría recuperarlo.

Estaba enfadado consigo mismo.

«Un café», decidió. Incluso en los días malos podía contar con prepararse un café, un pequeño placer.

Monsieur Géroux cosechaba pequeños placeres: el canto inesperado de un pájaro, una compra a mitad de precio en la panadería, la sonrisa de un niño que pasaba junto a él. Los atesoraba en la mente para más tarde, para cuando los necesitara. Había días en que notaba todos y cada uno de los años de su avanzada edad, como una mañana en la que se levantó tan cansado como parecían indicar todas las arrugas y las ojeras que vio en su semblante después de afeitarse la cara, pero también había días en los que percibía su reflejo en una ventana y se desconcertaba momentáneamente al percatarse de que el anciano que le devolvía la mirada en el cristal era él. Seguía pensando en sí mismo como en un hombre joven con pecas y pelo moreno tirando a pelirrojo.

Por lo menos, las pecas seguían en su sitio. De joven no le gustaban mucho, pero ahora les tenía cariño. Qué curioso.

Se fue a encender el pequeño fogón de gas en la cocina, situada a la izquierda de la tienda, oculta tras una puerta también pintada de verde oliva. A veces le preocupaba haberse pasado con el color verde. Abrió el grifo de agua caliente y puso el pincel en remojo en un jarrón de cristal. Acto seguido, introdujo unas cucharadas de granos negros y frescos de café italiano en su cafetera, inhalando el aroma antes de ponerlo a hervir a fuego lento sobre el fogón.

Ya se ocuparía de la carta luego, decidió con firmeza, después de limpiar y de terminar con las tareas de la ma-

ñana. Se sentía mejor al planificar su inquietud de aquella manera y una pequeña parte de la calma que había estado buscando desde la tarde anterior al fin se elevó en su ser, como un pequeño brote verde.

Se llevó el café a la mesa y se puso a ordenar el caos que él mismo había provocado la tarde anterior. Encendió la radio en el canal France Musique, especializado en música de *jazz* y clásica, que solía hacerle compañía por las mañanas. Los fascinantes instrumentos de cuerda que tocaban el preludio de la *Suite n.º 1 para violonchelo en sol mayor* de Bach impregnaron el aire conforme él se vivificaba con los sorbos de su café, espeso como el alquitrán, y se ponía a trabajar, echando pegamento en un nuevo pincel para restaurar un volumen de poesía.

Fuera, la calle adoquinada comenzaba a atestarse a medida que esta esquinita de París despertaba. Empezaban a abrirse las puertas de las tiendas y se daban vuelta a los carteles de CERRADO. La gente pasaba a pie, sosteniendo en las manos una napolitana para comerse camino del trabajo o una *baguette* caliente para llevarse a casa de la panadería ubicada al final de la calle. Los niños reían y brincaban, bajándose y subiéndose de la acera en dirección a la escuela. Había hombres ancianos que se dirigían a su cafetería de confianza, cuyas sillas estilo bistró salpicaban la acera un poco más adelante; allí dejarían pasar la mañana con un café, un palillo y una silla en primera fila desde la que contemplar el mundo a su alrededor.

Monsieur Géroux, sin embargo, no reparaba en nada de esto mientras proseguía con la restauración del libro. La radio había pasado a la relajante melodía del *Canon y giga en re mayor* de Pachelbel; poco después, oyó un rasguño conocido en la puerta.

–Mi primer cliente. –Fue a abrir la puerta, al tiempo que mejoraba su estado de ánimo–. ¿Y bien? –dijo, esbozando una sonrisa.

Se oyó un gimoteo y una criatura que más bien parecía una alfombra peluda de color marrón entró con cuidado a tres patas.

–¿Dónde te habías metido, Tapis? –le preguntó, como si fuera a responderle y a contarle sus aventuras.

El animal lo miró un momento y parpadeó, con sus ojos ámbar medio ocultos entre el pelo áspero. Monsieur Gérard chascó la lengua y, luego, fue a por el desayuno del viejo animal.

Tapis era un perro, pero llevaba una vida de gato. Monsieur Gérard juraba que, una vez, lo había visto esperar a que cambiara el semáforo, y otros comerciantes de la calle juraban que lo habían visto merodear por la noche con un par de gatos que parecía que estaban a sus órdenes, como si fuera un peludo capo de la mafia. A monsieur Gérard no le sorprendería que fuera cierto.

Tapis se comió el desayuno y, después, se acomodó en el asiento de la ventana para pasar el día. Durante un rato, monsieur Gérard contempló al perro con cariño antes de ponerse con el siguiente libro que debía restaurar, pero entonces se dio cuenta de que todavía no había terminado el primero y de que había dejado gotas de pegamento por toda la mesa. Otra vez. Cerró los ojos y trató de aunar fuerzas. Seguía distraído por aquella carta y no tenía sentido seguir mintiéndose a sí mismo.

Se sentó, dándose golpecitos en el mentón con los dedos, y por fin se rindió. Abrió el cajón de la mesa para coger la carta y leerla de nuevo.

19 de abril de 1987

*Estimado monsieur Gérour:*

*Soy asistente legal en el bufete de abogados Lefauge et Constable. Tenemos novedades con respecto a una de las propiedades que gestionamos, un antiguo restaurante en la esquina de Rue Cardinet y Lumercier que estuvo operativo con el nombre de Luberon. Al fin hemos podido localizar a la única familiar que queda con vida de la anterior propietaria, Marianne Blanchet. La ley francesa estipula, como usted sabrá, que no podemos vender una propiedad hasta que identifiquemos a todas las posibles personas que la puedan reclamar en herencia.*

*Entiendo, según nuestros registros, que usted conoce el susodicho local, y por ese motivo me he puesto en contacto con usted.*

*Repasando los archivos que tenemos de esta propiedad, he descubierto que aparece su contacto porque usted prestó testimonio a las autoridades hace cuarenta años. Como es una de las pocas personas con vida que sabe lo que sucedió de verdad en ese sitio hace tantos años, ¿sería posible poner a nuestra clienta en contacto con usted?*

*Nuestra clienta, Sabine Dupris, no tenía constancia de que era familiar de la anterior propietaria, y tales noticias, unidas al incidente acaecido en ese lugar, la han angustiado mucho, como se puede imaginar. Tiene muchas preguntas que siguen sin respuesta; preguntas que, por desgracia, nosotros no podemos responder. Naturalmente, usted no está obligado a hablar con ella si no quiere.*

*Sabine Dupris nos ha dado permiso para darle sus datos, que encontrará adjuntos.*

*Atentamente,*

*Julie Dupont*

Monsieur Gérour se detuvo en la palabra «incidente»



e hizo una mueca. «Vaya eufemismo para referirse a un asesinato», pensó sombríamente, preguntándose si instruirían a abogados y asistentes legales para escribir sobre temas tan delicados. Frunció el ceño y siguió leyendo el fragmento en el que se decía que «Nuestra clienta... no tenía constancia de que era familiar de la anterior propietaria», y pese a haberse prometido a sí mismo que haría de tripas corazón, se ablandó; nada de esto debía de ser fácil de digerir para ella. Repasó las palabras «no está obligado» y, luego, frunció los labios al leer que la joven «clienta» se había «angustiado mucho». Era consciente de que, pese a aquellas palabras de consuelo, se implicaba claramente que estaba obligado a hablar con ella; solo les había faltado rodear la palabra «obligado» con tinta roja. La carta estaba diseñada, más que escrita, para conmoverlo.

Pero no tenía que ceder: podía volver a meter la carta en el cajón de la mesa e ignorarla. Ya había informado a las autoridades de lo que había sucedido en aquel restaurante hacía cuarenta años y no le debía nada más a nadie. Lo que le pedía aquella mujer era impensable... ¿Revolver el pasado y contarle a una familiar de Marianne lo que esta última había hecho?

¿Que había envenenado a todas aquellas personas... por voluntad propia?

Hablar del asesinato de su hermano con una desconocida, como si fuera... ¿Qué? ¿Una clase de historia? Seguramente, se trataba de una chica joven, y los jóvenes siguen sin ser conscientes de cuán real es el pasado, a veces un leve susurro y otras, demasiado vívido como para hacerle frente a medida que envejeces.

Monsieur Géroux se pellizcó el puente de la nariz y dejó la carta a un lado.

Los detalles que buscaba esta clienta seguían siendo públicos; no hacía falta que él reviviera lo sucedido para que ella descubriera parte de la historia olvidada de su familia ni que tratara de dar sentido a lo que no tenía sentido, pues nunca podría responder la verdadera pregunta que seguramente ella quería saber por encima de todo lo demás: ¿por qué?, ¿por qué mató Marianne Blanchet a todas aquellas personas?

Eso no lo sabía.

Y seguía atormentándolo.

Lo cierto es que lo que él tenía que contar, lo que no había confesado todavía, era incluso más angustiante, pues desencadenaría más preguntas para las que no tenía respuestas. La única que podía resolverlas era Marianne y ahora estaba muerta, por suerte. La habían ejecutado por sus crímenes.

Aun así, como había señalado la perspicaz asistente legal, él era la única persona con vida que recordaba lo que había sucedido y que podía hablar de ello.

Por un instante, vio ante él el rostro de su hermano, Henri. Cuando monsieur Géroux muriera, no quedaría nadie con vida que se acordara de él, y fue esto, más que nada, lo que le hizo cambiar de opinión. Henri merecía ser recordado, en especial por parte de la familia de Marianne, teniendo en cuenta lo que esta le había hecho. Al final de la carta, había un nombre y un número. Le temblaban los dedos cuando cogió el teléfono.

# Capítulo 2

Sabine

## París

*Dos semanas antes*

A todos nos cuentan la historia de nuestros orígenes, una historia que comienza con la gente que vino antes que nosotros y sentó las bases de nuestras vidas, pero, si esa historia cambia repentinamente, nosotros también: nuestras vidas se desmoronan.

A Sabine Dupris le llegó ese momento con una llamada de teléfono.

Estaba descalza en su pequeña cocina, con las puertas de los armarios de madera azul claro repletas de pequeños motivos florales que ella misma había pintado con cariño. Madonna cantaba *La isla bonita* en su pequeña radio, pero, en vez de imaginarse que estaba en una isla española, prestaba atención a una pareja de petirrojos que, fuera, por fin estaban haciendo uso del comedero para pájaros hecho a mano. No parecía importarles que sus dotes de carpintera todavía dejaran mucho que desear.

Juntó ambas manos por debajo del mentón y brincó, alegre, sobre las puntas de los pies, pero, luego, sonó el teléfono y todo cambió.

Una voz juvenil se presentó con el nombre de George Constable, un abogado que ella no conocía y que decía tener noticias acerca de la herencia de su madre. Sabine

frunció el ceño: teniendo en cuenta que su madre, Marguerite, llevaba dos años muerta y había pasado los últimos años de vida con Sabine y su marido, Antoine, aquello era toda una sorpresa.

—¿Está seguro de que está hablando con la persona correcta? —preguntó, desterrando a los pájaros de la mente.

—Segurísimo. Usted es Sabine Dupris, su apellido de soltera es Allard, y es hija de Marguerite Allard, cuyo apellido de soltera, a su vez, era Marchant, ¿sí?

Ella asintió, mientras se le reseca la garganta, y luego se percató de que él no podía verla y dijo en voz baja:

—¿Sí...?

—Creo que lo mejor sería que pasara por aquí para que se lo podamos explicar como es debido; no es algo que se deba hablar por teléfono.

A la tarde siguiente, Sabine se acercó hasta un despacho en Montmartre. Fuera, varios clientes adinerados aprovechaban al máximo el sol de principios de primavera.

En el elegante despacho, situado en el piso superior, la condujeron hasta la sala de espera, donde había tres sillas naranjas colocadas bajo un enorme póster enmarcado de los nenúfares de Monet que acaparaba toda la pared. Vio su reflejo en el espejo y se percató, para su disgusto, de que su cabello rubio oscuro y rizado, que se había recogido en un moño, se estaba cayendo hacia un lado y que el kohl se le había corrido por debajo de los ojos. Estaba arreglándose el moño cuando un hombre joven que llevaba un traje nuevo salió a saludarla. Parecía recién salido de la Facultad de Derecho. Era alto y desgarbado, con grandes ojos marrones y el pelo castaño que se empeñaba en caerle por la frente, pese a

la cantidad de fijador que se había echado a conciencia en el resto de la cabeza.

–Soy George Constable –dijo, tendiéndole la mano, y, cuando ella alzó con curiosidad la mirada hacia el letrero plateado de metal situado sobre sus cabezas, donde el nombre del bufete, LEFAUGE ET CONSTABLE, aparecía en negro, añadió–: Constable júnior.

Ella le sonrió.

–Soy Sabine Dupris.

Él asintió.

–Haga el favor de seguirme –la invitó, señalando hacia una sala de reuniones al otro lado de la esquina, rodeada de cristales.

A Sabine le parecía un lugar extraño para una reunión privada; tenía la sensación de que estaba en una exposición, como si fuera un objeto insólito metido en un jarrón.

–¿Le apetece un café? ¿Agua? –le ofreció.

–No, gracias –dijo, sentándose en una silla naranja.

Intuía que, por los colores, en todo el bufete se seguía el mismo patrón, pero, entonces, pensó sombríamente que toda aquella cantidad de colores alegres no cambiaría mucho las cosas para sus clientes. La gente no acudía a un abogado cuando le iba bien. Bueno, tal vez los ricos sí, pensó.

Él se sentó enfrente, encendió un cigarrillo y le ofreció la cajetilla. Sabine negó con la cabeza y él se encogió de hombros, susurró un «*Bon*» y, acto seguido, abrió un dossier y revolvió algunos papeles. Pasado un rato, se puso a explicar por qué le había pedido que viniera, conforme el cigarrillo que sostenía entre los dedos desprendía grandes nubes de humo. Pronunció un complicado monólogo acerca de las leyes de herencia, como si lo estuviera le-

yendo en un libro de texto. Puede que todavía lo tuviera fresco en la memoria, intuyó ella, y luego se regañó por pensar aquello; probablemente, no era mucho mayor que ella, que tenía veintinueve años.

Mientras hablaba, el cigarrillo fue convirtiéndose en un largo cilindro de ceniza, y ella, distraída, se preguntó cuánto tardaría en sacudirlo. Como Sabine no decía nada, él empezó a ponerse cada vez más nervioso. Por un momento, jugueteó con su corbata de rayas azul y gris, y parte de la ceniza acabó en su regazo. Soltó una palabrota por lo bajo y ella reprimió una sonrisa cuando él se sacudió los pantalones y, por fin, dejó el cigarrillo en el cenicero. Su acento, pensó, no era parisino. ¿De Normandía, tal vez? Prosiguió describiendo leyes de herencia y ella volvió a perder la concentración un instante, pero se centró otra vez de pronto cuando él empezó a hablar de que había sido una odisea encontrar a su madre, Marguerite.

—Pero tengo que decir que, como era adoptada, me temía que iba a ser prácticamente imposible localizarla.

Sabine inhaló hondo.

—¿Qué?

Él lo malinterpretó como una señal de entusiasmo, quizá por sus dotes de investigación, y sonrió.

—Me imaginaba que los documentos de adopción de su madre estarían protegidos, pero, por suerte, no fue el caso, por lo que por fin pudimos encontrarla después de casi cuarenta años y ahora que ha fallecido, bueno, usted...

Sabine se lo quedó mirando ceñuda, reparando en sus ojos marrones serios, en la esclerótica blanca, que estaba levemente amarillenta, quizá por fumar. Su traje, que ahora tenía una mancha de ceniza en los pantalones, era caro, como caro era el despacho en el que se encontraban: supo-

nía que no podía salirles barato en esa parte de la ciudad. No le parecía el mejor sitio para estafar una herencia o gastarle una broma a una pobre criatura inocente. Sabine trabajaba en una biblioteca; no tenía mucho dinero que pudieran estafarle. Seguro que, de ser el caso, elegirían a una víctima mejor. Había oído historias similares de personas que descubrían que habían heredado una finca o una propiedad para luego caer en la cuenta de que todo era una trama perversa para quitarles el dinero. Ese no parecía el lugar apropiado para una broma como esa, pero, aun así, era la sensación que tenía.

–Creo que se equivoca –dijo, haciendo una mueca.

Él negó con la cabeza y volvió a resumir lo que le había contado hacía cinco minutos. Se puso tenso.

–Tenga por seguro que lo hemos corroborado todo. Su madre era la propietaria legítima de un inmueble comercial en Batignolles, París, que heredó de su abuela biológica, Marianne Blanchet. Parece que se trataba de un restaurante. Incluso puede que lo conozca... No tiene muy buena fama, por desgracia.

Sabine frunció el ceño, tratando de procesar todo eso en vano. Estaba claro que la confundía con otra persona.

–No. –Volvió a fruncir el ceño–. Creo que se equivoca porque mi madre... ¡no era adoptada!

Él se la quedó mirando consternado y abrió los ojos como platos al caer en la cuenta. Habló en voz aguda, como un globo pinchado:

–Oh, lo entiendo.

Sabine continuó hablando:

–Conocí a mis abuelos cuando seguían con vida. Mi madre se parecía mucho a mi abuela, Aimée Marchant –dijo, recalcando las palabras.

A él le temblaba la mano cuando tomó un trago de agua para aunar fuerzas, echando una rápida mirada a las paredes de cristal, como si le estuviera pidiendo a alguien, a quien fuera, que entrara y le echara un cable antes de volver a mirarla con renuencia.

—Debió de ser una simple coincidencia, señorita, ya que me... me temo que de verdad era adoptada. Tenemos todos los documentos, incluidos los certificados de nacimiento y de adopción de su madre. No hay lugar a dudas. Lo siento.

Sabine se lo quedó mirando, olvidándose de pestañear.

—Entonces, bueno, ¿ella tampoco lo sabía? —preguntó él, rompiendo el silencio.

A ella le zumbaban los oídos, como si tuviera una multitud de insectos pegada a las orejas, y lo único que podía hacer era negar con la cabeza. Al fin, alcanzó a decir:

—¿Puede enseñarme... esos certificados?

Él asintió, bajó la mirada hacia el dossier y comenzó a revolver los papeles de nuevo hasta dar con dos certificados, uno del nacimiento de su madre y otro de su adopción. Sabine se puso pálida al verlos. Incluso vueltos del revés, los nombres saltaban a la vista. «Marguerite Blanchet». Aquel nombre aparecía en ambos certificados, acompañado de los nombres de sus abuelos, Aimée y Édouard Marchant, ahora fallecidos, en el documento de adopción. Estaba todo ahí, por escrito.

—¿Podría quedarme con una copia?

Él asintió.

—Puede llevarse los originales. Voy a hacer una copia para nuestros archivos; no tardo nada.

Entonces, se puso en pie, algo apresurado, como si estuviera desesperado por escabullirse. Regresó pocos minutos



después y le entregó los documentos, antes de volver a ofrecerle un café. Esta vez, aceptó, aunque la verdad es que le apetecía algo más fuerte.

Miraba los documentos que le había entregado, pero no era capaz de entenderlos.

—¿Es posible que ella lo supiera, pero que no le dijera nada? —preguntó él, después de dejarle una taza de café junto al codo izquierdo.

Sabine alzó la mirada y observó al abogado conforme se le oscurecían los ojos azules.

—¿Y por qué no me lo iba a decir? Mi madre me lo contaba todo; era mi mejor amiga.

Le escocían las lágrimas en los ojos, pero se las limpió, avergonzada y enfadada a la vez. Él guardó silencio un rato; su piel era un conglomerado de manchas rojas y blancas. Tragó saliva, como si quisiera volver a salir corriendo hasta la sala de la fotocopidora.

—Bueno, quizá no quería que lo supiera o quizá ni siquiera lo sabía. Sea como fuere, teniendo en cuenta las circunstancias, la razón debió de ser la misma.

Sabine parpadeó.

—¿De qué circunstancias me habla? ¿De qué razón? ¿Por qué no iba a querer ella que yo lo supiera?

Él frunció el ceño, vacilando un instante y alejándose un poco de ella inconscientemente.

—No es más que una suposición, pero, en fin, su abuela, me refiero a su abuela biológica, era la propietaria de un restaurante en su tiempo llamado Luberon.

Sacó un pequeño sobre de entre los documentos que tenía ante él, lo abrió y un objeto viejo de latón cayó en la mesa reluciente. Era una llave anticuada.

—Luberon —repitió ella, desconcertada, mirando la lla-

ve, pero rememorando las vacaciones en la Provenza con sus abuelos, los encantadores pueblos situados en lo alto de las colinas, las casas de campo de piedras empapadas de luz solar, los viñedos, las lavandas, los preciosos campos, el mar...

A menudo rememoraría aquel instante en los próximos meses, aquel instante en el que todavía desconocía la verdad, antes de que él la corrigiera y de que todo cambiara.

—Era un restaurante —explicó él, señalando la llave— en el barrio de Batignolles, París, en la esquina de Rue Cardinet y Lumercier. Ahora está abandonado.

—¿Sigue ahí?

Asintió.

—¿Puedo ir a verlo?

El abogado frunció el ceño, pero luego asintió y empujó la llave hacia ella.

—Puede —vaciló y añadió—: No está en ruinas, pero le aconsejo que vaya con precaución; lleva vacío bastante tiempo y sigue pendiente una revisión completa del edificio. No obstante, el tema de la seguridad no es lo que importa de verdad.

—¿No?

—No. Bueno, mire, sería una negligencia por mi parte no contarle toda la historia: si piensa ir hasta allí, por supuesto, acabará enterándose, de modo que he de ponerla sobre aviso. Como le he comentado, incluso hoy tiene mala fama. Durante la guerra, cuando la ciudad estaba ocupada, la propietaria del restaurante envenenó y mató a todos sus clientes una noche.

Sabine se puso pálida.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Con una dosis letal de belladona —dijo, y por un instan-

te ella volvió a preguntarse si no le estaría gastando una broma pesada—. Las autoridades llegaron a conjeturar que fue una matanza premeditada. Murieron varios nazis, junto con dos parisinos.

Ella parpadeó, horrorizada.

—¿Qué le pasó a ella... después? ¿Lo sabe?

El abogado asintió.

—La ejecutaron.

Sabine se lo quedó mirando.

—No me puedo creer que no supiera nada hasta ahora.

Él asintió, como si se estuviera preguntando lo mismo.

—Entonces, ¿está usted segura de que su madre no sabía nada?

Ella lo miró con total incredulidad.

—¿Que era la hija de una de las mujeres más malvadas de París y que simplemente se olvidó de decírmelo? Espero que no. Espero que no supiera nada, si le soy sincera.

# Capítulo 3

Gilbert

**París**

1987

Era un desastre de mujer, de pelo rizado rubio recogido de cualquier manera en lo alto de la cabeza y arrebujada en un abrigo de cuadros rojo y negro varias tallas demasiado grande. Curiosamente, llevaba puestos dos zapatos diferentes, uno verde y otro negro. Monsieur Gérooux frunció el ceño, preguntándose si sería una nueva tendencia de moda, pero de moda, según él, no tenía nada. Más bien daba la impresión de que se había vestido a oscuras, pero ¿quién era él para juzgar? Quizá eso ahora era ir a la moda.

Sin embargo, cuando ella se enderezó, monsieur Gérooux se olvidó por completo de su atuendo, se olvidó incluso de hablar. Sus ojos eran de un color azul como las llamas del queroseno: era como ver un fantasma, aunque el que se había puesto pálido era él.

—Soy Sabine, Sabine Dupris—dijo ella, esbozando con sus labios pequeños, rojos, una sonrisa encantadora, dando un paso vacilante hacia delante y tendiéndole una mano menuda, pero, entonces, hizo una mueca y trató de quitarse lo que parecía ser una mancha de pintura blanca de la piel de la mano que le ofrecía—. Hablamos... hablamos por teléfono—prosiguió, cada vez más insegura, cuando

vio que él no decía nada, no dejaba de mirarla sin siquiera pestañear y no hacía ademán de estrecharle la mano.

Tardó en aclararse la arena que parecía tener atascada en la garganta y en encontrar las palabras adecuadas, como cuando tenía que raspar los posos en el fondo de un tarro de mermelada. Quiso estrecharle la mano, pero ella ya la había retirado.

–Sí. Eh... , bienvenida –añadió apresuradamente, aunque no estaba seguro de que de verdad fuera bienvenida.

No dejaba de contemplarla y se percató de que sus ojos no eran exactamente iguales a los de Marianne, sino que eran un poco más oscuros y su mirada, menos penetrante, pero su forma, unida a sus rasgos faciales, era de una similitud hiriente. Fue como un puñetazo en el estómago y tuvo que tragar saliva.

–Qué perrito más bonito tiene –dijo ella, como para romper el hielo.

–La verdad es que no es mío. –Sabine frunció el ceño y él se explicó–: Es dueño de sí mismo.

Ella sonrió, como si le gustara la idea.

–Gracias por hablar conmigo –le dijo–. No tiene ni idea de lo mucho que significa.

–Se parece a ella. –Aquellas palabras se le escaparon como monedas rodantes.

–¿Sí? –susurró.

Él asintió y, luego, se mordió el labio inferior.

–Lo que le voy a contar... Bueno, no será fácil.

–No me esperaba otra cosa –asintió, pasándose una mano por el moño despeinado y haciendo una mueca al notar lo mucho que se le inclinaba el pelo hacia un lado, como la torre de Pisa–. Desde que descubrí que mi madre fue adoptada, estoy hecha un lío. Ya no estoy segura de

nada –admitió–. Sobre todo teniendo en cuenta la razón por la que fue dada en adopción. O sea, supongo que nadie quería que supiera lo que hizo su madre, su madre de verdad.

Le llevó un momento procesar las palabras.

Monsieur Géroux se quedó de piedra.

Por supuesto, no le había pasado desapercibido el parecido entre ellas, pero había asumido que esta chica sería una parienta lejana, una sobrina nieta, tal vez.

–Marianne no tuvo hijos –murmuró, y Sabine frunció el ceño.

–Sí, tuvo a mi madre, Marguerite. Por eso los abogados se pusieron en contacto conmigo. Como le he dicho, yo no tenía ni idea de que fuera adoptada.

Se la quedó mirando con un nudo en el estómago.

–Yo tampoco lo sabía. Ella nunca...

Se calló; ¿acaso alguna vez le había dicho Marianne toda la verdad? Todo lo que decía era una sarta de medias verdades y acertijos. Lo había atormentado mucho en su momento, y cómo no, todavía hoy, pensó, aunque estuviese muerta, se las arreglaba para seguir sorprendiéndolo.

Sabine frunció el ceño y se dio cuenta de que se estaba ruborizando. En su cara se manifestó lo que estaba pensando y preguntó con cierta torpeza:

–¿Está usted..., esto..., insinuando que tenía una..., eh..., relación con ella?

Monsieur Géroux empezó a ponerse colorado como un tomate, desde el cuello hasta las orejas; abrió mucho los ojos y, para sorpresa de Sabine, soltó una breve carcajada.

–Oh, no. –Como ella seguía ceñuda, él le dedicó un gesto a medio camino entre la risa y la sonrisa–. Me habría encantado... en su momento –admitió–. Como la mayoría;

era preciosa. Pero yo era mucho más joven que ella por aquel entonces. No tenía más que quince años y ella, veintitantos. Lo único que quería decir, de verdad, es que mi hermano, Henri, y yo trabajamos en su restaurante unos años y llegamos a conocernos muy bien. O, al menos, eso pensaba yo. Puede que estuviera embarazada y que no dijera nada; tal vez dio a luz después...

—¿Se refiere a después de fugarse del restaurante? Daba por hecho que, bueno, las autoridades no tardaron mucho en encontrarla... y en matarla.

—Puede ser, solo es una teoría. No recuerdo exactamente cuánto tardaron en encontrarla; lo único que sé es que no fue algo inmediato, sino que les llevó unas semanas o incluso meses localizarla... Pudo dar a luz entretanto.

Ella asintió antes de volver a fruncir el ceño.

—¿Salía con alguien?

A monsieur Géroux se le ensombrecieron los ojos y dijo:

—Que yo sepa, no.

Sabine se preguntaba si había algo más, si le estaba ocultando parte de la historia. Él fue a colocar el cartel de CERRADO en la puerta del local antes de invitarla a tomar asiento en su mesa y sacar una silla para ella.

—¿Le apetece un café? —le ofreció.

Sabine se percató de que estaba demorando el asunto y de que se le veía bastante nervioso, pero ella estaba cansada y, desde que se enteró de que su madre era adoptada, no había dormido mucho. Al mirarse los pies, se dio cuenta de que se había puesto dos zapatos diferentes y cerró los ojos, avergonzada; había andado con los nervios a flor de piel por la idea de venir hasta aquí y descubrirlo todo sobre su abuela biológica. Le había sido imposible pegar ojo; había conciliado el sueño justo antes del amanecer y

se había despertado diez minutos antes de su cita con el librero. De ahí su apariencia desaliñada.

–Me vendría muy bien un café, gracias –dijo, agradecida.

–¿Con leche, con azúcar...?

–Solo, gracias.

Monsieur Géroux asintió y, mientras preparaba el café, ella observó el local. El perro fue a acomodarse en la ventana, sobre un cojín, y ella se le acercó para rascarle detrás de las orejas. No tenía el pelo ni muy suave ni muy áspero.

–¿Cómo se llama el perro? –preguntó.

–Tapis.

Sonrió. Parecía una alfombra vieja, pero no por eso le gustaba menos; a cada segundo que pasaba, le cogía más cariño, mientras él la miraba con sus ojos del color del ron, alzando una pata para que no dejara de acariciarlo. Cuando monsieur Géroux le trajo el café, resopló.

–Veo que has encontrado una nueva víctima, Tapis –le dijo–. Tiene un club de fans, por así decirlo.

Sabine sonrió.

–Bueno, pues ya me he inscrito.

Monsieur Géroux la estaba mirando fijamente.

–Estuve a punto de no llamarla –admitió.

En cierto modo, a ella no le sorprendía, por lo desconfiado que le había parecido en un primer momento, y lamentaba tener que obligarlo a pasar por ese mal trago, pero era la única manera de descubrir lo que había sucedido de verdad.

–Lo entiendo, de verdad. Le estoy muy agradecida de que se tome la molestia de hablar conmigo. No debe de ser un tema fácil.

–No –admitió con un hondo suspiro–. Aparte de las



autoridades, creo que nunca se lo he contado a nadie, salvo a mi esposa, aunque omití algunas cosas.

–Oh, ¿está usted casado?

–Lo estaba; falleció hace cinco años.

–Cuánto lo siento.

Él asintió y tomó un sorbo de café.

–Gracias.

–No me puedo ni imaginar lo que se debe de sentir al recordar la ocupación. Mis propios abuelos..., mis abuelos adoptivos –se corrigió con una mueca–, apenas hablaban del tema. Recuerdo que mi abuela siempre decía que mi abuelo cambió mucho después de volver a casa.

Monsieur Géroux asintió.

–Les pasó a muchos hombres: quienes regresaron ya no eran las mismas personas que se habían ido a la guerra. No hay forma de que no te cambie. Aunque para los que nos quedamos atrás fue un golpe igual de duro, en otros sentidos, y también cambiamos.

Miró al techo y emitió un ruido extraño, como un bufido.

–¿Qué ocurre?

–Nunca olvidaré el día en que esos extraños entraron en nuestra ciudad, con sus uniformes y sus rostros fríos, y declararon que era suya, mientras el Gobierno nos dejaba a nuestra suerte. Muchos de nuestros amigos se marcharon, pero nosotros no teníamos adónde ir. Éramos prisioneros en nuestras propias casas y todas las libertades que habíamos dado por sentadas se vieron afectadas, pues ahora debíamos responder ante ellos. Cuando conocí a Marianne, se convirtió en la única luz de mi vida.

Sabine parpadeó, desconcertada, y él asintió, restregándose la cara con las manos.

–Verá, uno de los motivos por los que me cuesta tanto

hablar de esto –le temblaban los labios– es que Marianne me gustaba mucho. Era mayor que yo, puede que me sacara una década, pero estaba llena de vida. Pese a que yo veía el mundo en blanco y negro, ella conservaba el color. Por aquel entonces, vivía con mi madre, que estaba muy enferma, y con mi hermano pequeño, Henri... –Cerró los ojos cuando pronunció su nombre con labios temblorosos–. Que era un trasto, un rebelde..., y me tocó a mí cuidar de todos nosotros. Verá, mi padre estaba en el frente; fue uno de los pobres desafortunados a los que enviaron a defender una de las fronteras peor protegidas, junto a región de las Ardenas, que los alemanes, para sorpresa de todos, usaron para entrar en Francia. Lo mataron al quinto día de la invasión; eso nos dijeron. En esa zona, había muy pocos hombres capaces de luchar de verdad. Se pensaba que los alemanes usarían la línea Maginot, muy bien defendida, y que no había ninguna otra ruta viable para entrar en Francia. Fue un error que, en muchos sentidos, nos costó la guerra.

»Para cuando ocuparon París, en junio de 1940, nos habíamos vuelto pobres, tan pobres como se podía ser por aquel entonces sin llegar a morir de hambre; nadie tenía ni dinero ni interés en libros antiguos y nos vimos obligados a cerrar. Esto era de mi padre –explicó, señalando el local con la mano– antes de pasar a ser mío. Como muchos otros, yo estaba destrozado, tenía hambre y me costaba tener cualquier tipo de esperanza en el futuro. Hasta que la conocí.

–¿Cuántos años tenía usted?

–Catorce, muy joven para alistarme, pero lo bastante mayor para tener ganas de luchar, de hacer algo. No obstante, eran tiempos difíciles y no podía abandonar a

mi hermano y a mi madre para luchar; tenía que intentar ganarme la vida, cumplir con mi deber y mantener a la familia, como habría querido mi padre. Respondí a un anuncio que buscaba un ayudante de cocina y fue entonces cuando conocí a su abuela, Marianne. Me entrevistó en persona, en un edificio vacío al otro lado de la esquina de mi casa; estaba tratando de conseguir el permiso para convertirlo en un restaurante.

Sabine se lo quedó mirando y, de pronto, contuvo la respiración al caer en la cuenta.

—¿Abrió un restaurante en plena ocupación?

—Sí —asintió—. Mientras todos los demás cerraban los suyos, escapaban a la zona libre o los cedían a los nazis, en una colaboración forzada, ella apostó por abrir su propio local.

Dicho así, sonaba incluso peor. Sabine parpadeó.

—¿Por qué? ¿Por qué en la París ocupada?

—Es una buena pregunta. Muchos asumían que era una mercenaria, ya que los únicos que tenían dinero para ir a un restaurante por aquel entonces eran los nazis, claro, pero a mí nunca me dio esa impresión. Por la forma en que lo explicaba ella, parecía más bien un acto de rebeldía: mientras los soldados campaban a sus anchas por nuestras calles y por toda la ciudad, mientras la guerra no dejaba de destruirlo todo, lo que quería ella era construir algo, algo para nuestra gente, para los que nos habíamos quedado atrás.

»Me dijo que tenía pensado negociar, que no colaborar, con ellos, para que así el barrio no se muriera de hambre. Daba a los oficiales comida de calidad en un entorno hospitalario y, a cambio, lo único que pedía era que se le permitiera alimentar a tantas familias del barrio como le fuera posible a unos precios asequibles y subvencionados.

»Por aquel entonces, la ciudad ya llevaba un año ocupada y, pese a los racionamientos, la gente a menudo se iba a dormir con hambre. Más tarde, los ciudadanos condenarían a quienquiera que colaborase con los nazis como al peor de los traidores, pero, en mi opinión, no todo era blanco o negro. Miles de mujeres y de niños se quedaron sin amparo; los hombres se habían marchado, salvo los más jóvenes o los más ancianos, y el Gobierno, literalmente, los había abandonado para fugarse a Vichy. Los que sobrevivieron consiguieron salir adelante gracias al ingenio y no deberíamos juzgarlos tan a la ligera.

—Estoy de acuerdo —dijo Sabine.

Él la miró sorprendido. Incluso hoy, había personas que se ponían a discutir con él, con la cara roja e indignadas por sus ideas.

—Es muy fácil pensar, en tiempos de paz y prosperidad, en lo que habríamos hecho nosotros, pensar que habríamos sido valientes y habríamos conservado nuestra integridad, que nos habríamos muerto de hambre antes que colaborar, pero había niños que alimentar y ancianos a los que cuidar; lo cierto es que la mayoría de nosotros haría exactamente lo mismo si volviera a ocurrir. Fingiríamos una sonrisa si, con eso, lográsemos mantenernos a nosotros y a nuestros seres queridos con vida. Los humanos, en realidad, nunca cambiamos, aunque nos guste pensar lo contrario.

Monsieur Géroux asintió.

—Bueno, eso mismo creo yo. —Entonces, se echó a reír—. Yo pensaba, en realidad, que podría jugar a dos bandas: trabajar para ella, contentar a los nazis y, al mismo tiempo, colaborar con la resistencia repartiendo panfletos.

Ella lo contemplaba fascinada.

—¿De verdad?

–Sí. Me uní a uno de los grupos de resistencia de estudiantes pocos meses después de que abriésemos el restaurante.

–Vaya..., es increíble. Cuando empezó a trabajar allí, ¿cómo era la vida?

Sabine no podía ni imaginarse lo aterrador que tuvo que haber sido trabajar en una ciudad ocupada por soldados alemanes por doquier, en plena guerra, con toda tu familia dependiendo de ti, aunque solo tuvieras catorce años.

–Al principio, estábamos los dos solos, la verdad, trabajando día y noche para conseguir nuestro objetivo de abrir el restaurante, pintando, haciendo reparaciones, pero siempre bajo la supervisión de ellos, lo que añadía una capa más de estrés al asunto.

–Me lo imagino. Parece que tenían mucho que hacer.

Él asintió.

–Sí, pero yo estaba contento y los días pasaban con rapidez. Si le soy sincero, después de aquel primer año funesto de la ocupación, fue un alivio dedicarme a algo que requería tanto tiempo. Pero había algo más.

–¿A qué se refiere?

–Bueno, como le he dicho, yo tenía catorce años –explicó, esbozando una media sonrisa al pensar en su antiguo yo–. Ella era encantadora, buena compañía, y, durante mucho tiempo, pensé que estaba enamorado.